

TIPOS

Lo que tan sólo ha muerto de verdad es la alegría, las pequeñas derivaciones de la vida fácil o agradable. Así encontramos muy comúnmente dos tipos de gente muy marcados: primero el tipo para quien la vida es una sucesión de días iguales y que parece no contemplar sino el más pequeño pedazo en el espacio. Tiene los ojos fijos y pequeños, muy junto a la nariz y muy bajas las cejas. Camina, actúa y trabaja en un semi-somnambulismo. Se diría que le es innecesaria la conciencia, sabiéndose bajo la guía del instinto. El otro parece no contemplar nada y sigue con igual tranquilidad que el primero la sucesión de los días pero hay en su aparente nulidad cierta fuerza visual que hace pensar en una contemplación mística.

Ambos son severamente tristes y llegar hasta ellos sería como sumergirse en estos canales de aguas negras y quietas que jamás muestran su fondo.—MARTA VERGARA.

Crónica de espectáculos

LA CRÍTICA — EL COMERCIO — LOS PRECIOS — LOS AVISOS

CON frecuencia se dice que en Chile es ejercida la crítica teatral con propósitos personalistas; y esto no corresponde a la realidad. La pobreza de espectáculos a que vivimos sometidos no ofrece valores que analizar, ni relieves que merezcan ser destacados. Las obras se estrenan tarde y mal; las novedades no nos son conocidas como tales más que de nombre y nada nos aparta de la rutina y los métodos ejercitados desde la época en que adquirimos uso de razón y oímos hablar de Echegaray. Nuestros bataclanes son conjuntos misérrimos de niñas fofas; los cines sufren las consecuencias del industrialismo que ha introducido el género parlante en los Estados Unidos; y el público, en suma, sin saber a dónde ir, se mete en cualquier parte, con el solo objeto de pasar el rato, mientras el crítico ha de dedicarse necesariamente a anotar los progresos—y generalmente los retrocesos—experimentados por tal o cual actor. Ha desaparecido la interpreta-

ción crítica, la apreciación del concepto, la valorización de matices, porque se han perdido en el teatro los valores intelectuales. En éste, todo se reduce a lo comercial: cobrar la entrada y presentar cualquier refrito sin medir las consecuencias.

Para comprender la verdad que encierra esta aserción no hay más que repasar someramente la lista de los espectáculos que actualmente se ofrecen en Santiago, tomando en cuenta que esta es una época normal. ¿Dónde se puede ir? ¿Dónde hacen arte? ¿Dónde hacen teatro? El señor Flores continúa en el escenario del Comedia luciendo sus trajes de San Diego y su voz aromadizada; las pre-históricas hermanas Arozamena, en el Santiago, persisten en su empeño de aprender a bailar, mientras sonrían complacientemente a la duodécima generación de sus admiradores, instalados, como siempre, en primera fila; y aquí concluye todo. Esperamos una compañía lírica, que deberá realizar la temporada oficial en el Municipal; pero una larga experiencia nos enseña a no forjarnos ilusiones al respecto. En cuanto a obras, las cosas no andan mejor; traducciones mal hechas de cosas insignificantes; revistas confeccionadas a fuerza de tijeretazos y cuya *mise-en-scène* impresiona lastimosamente. Entretanto, los cines se han convertido en una especie de fonografías, en cuyo interior resuenan las estridencias de insulsas cancioncillas, cuya frivolidad las pone de moda.

En tales condiciones, no puede hacerse crítica positiva, de mejoramiento, de insinuaciones, sino que es menester recurrir al análisis demoledor, lo cual apesadumbra el ánimo y proporciona al crítico una fama derrotista y antipática, de la cual se deducen, poco a poco, los propósitos personalistas que generalmente se le atribuyen.

* * *

Y puesto que no presenciamos nada que valga la pena, puesto que no se puede hablar de teatro, ni de arte, en la actualidad, consideremos también nosotros, en nuestro carácter de espectadores asiduos, la parte comercial de esta industria explotada con tanto éxito por algunos empresarios. Un cuadro de Rembrandt no vale por su tamaño; pero una litografía alcanza su precio por la perfección mecánica con que ha sido realizada y la calidad del papel en que se ha impreso; un buen artista no puede aquilatarse, no puede ser pagado; pero un cómico de la legua tampoco tiene el derecho de considerarse artista y ha de ajustar sus precios a lo razonable, a la justa proporción es-

tablecida entre la oferta y la demanda, o mejor, entre la calidad del espectáculo que ofrece, la duración de éste y la capacidad económica del público.

El costo actual de los espectáculos, en Santiago, requiere un presupuesto extraordinario, impropio y difícil de obtener en la mayoría de los casos. Una compañía teatral, por mala que sea, tiene que afrontar grandes desembolsos y por ello hacemos excepción al decir esto del conjunto formado por don Alejandro Flores, cuyos precios nos parecen razonables. Pero los de los cinematógrafos rayan ya en lo increíble. Se han triplicado de un tiempo a esta parte, sin que la calidad haya hecho otra cosa que desmerecer. El cine sonoro, en sus comienzos, estableció una nueva alza, que era comprensible dada la novedad y la carestía de las instalaciones que demandaba; pero éstas ya deben haber sido totalmente pagadas por el público, sin que los precios hayan disminuido.

Bien sabemos que los empresarios se defienden representando los gastos crecidísimos que soportan, pero es de hacer notar que si toleran las inauditos precios que han alcanzado la *réclame*, los arriendos de salas, películas y personal, es porque cuentan con que el público paga todo y saben que ellos luchan unidos contra fuerzas dispersas que jamás lograrán federarse para imponerles el *boycott* que se merecen. Un acuerdo general para reducir el tamaño de los avisos, para rechazar las películas cuyo costo sea superior al razonable, y habría margen para efectuar una rebaja apreciable, que redundaría, a la postre, en su propio provecho por la mayor venta de entradas.

De nada vale argumentar que a pesar de los precios actuales el público llena las salas. Esto no quiere decir más que nuestra gente quiere divertirse a toda costa, reduciendo su presupuesto en otros capítulos, sin tomar en cuenta sus necesidades primordiales, por esa falta de sentido administrativo de que disponemos los chilenos. En todo caso, el éxito material no justifica la inmoralidad de la situación. Es inconcebible, inaceptable, que una entrada al biógrafo requiera siete u ocho pesos. Ir al cine, o al teatro, no ha de significar, en este siglo, un sacrificio extraordinario para nadie, dadas las facilidades que proporcionan la técnica y los modernos sistemas de distribución.

Ultimamente se ha formado una empresa para dar cierto género de facilidades a los empleados para que adquieran localidades por cuotas mensuales. Esto no remedia el problema; tal vez no hace más que agravarlo. Muchos jóvenes, tentados por las facilidades de pago que se les ofrecen, comprometerán una suma mensual superior al presupuesto que han calculado

para diversiones, de acuerdo con sus necesidades; en todo caso, la deuda subsiste; no hay rebaja de ninguna especie; no hay más que un incentivo para atraer mayor cantidad de espectadores.

Dos horas de diversión no han de constituir un lujo, sino una necesidad de gentes que viven conforme a un *mínimum* de confort *standarizado*. Por eso es necesario que el Gobierno, por intermedio de las Municipalidades, tome cartas en el asunto y establezca un *máximum* para los precios, contemplando las diversas situaciones y estableciendo diferencias entre los días ordinarios y aquellos en que se efectúen—si es que alguna vez se efectúan—estrenos de importancia y de verdadero mérito artístico. Si las Municipalidades no pudieran hacerlo, para evitar los gastos de administración y los organismos fiscalizadores, ahí está el Consejo de Censura, que puede cumplir tan importante y necesaria misión.

* * *

Otro aspecto comercial de los teatros y cines, que percibe de inmediato el asistente a ellos y que tiene relación no ya con la estética sino con la decencia, es el de los carteles de anuncio. Lógico es que los empresarios aspiren a una ganancia por medio de la inserción de avisos en los telones de fondo. Pero el sentido común, el decoro, ya que no el espíritu artístico, imponen que tal cosa se realice en cierta forma. No es posible mirar con tranquilidad esos emplastos fabricados por pintores de brocha gorda, a fuerza de colorines y super-posiciones, sin el menor concepto del buen gusto.

En cambio un telón con buenos afiches, combinados sabiamente y armonizados en forma moderna, ofrecería un aspecto agradable, atractivo y hasta haría subir de precio los avisos. La prueba de ello la tenemos en una casa comercial que desde un tiempo a esta parte ha entregado el arreglo de sus vitrinas a un artista que coloca en ellas admirables afiches, que constituyen una atracción para el transeunte y un orgullo legítimo para sus exhibidores. Es necesario combatir, por todos los medios nuestro desgreño racial. Procurar que todas las cosas estén bien presentadas; y en una sala de espectáculos, y al ofrecer artículos en venta, más que en cualquier otra parte y circunstancia.—A L F A.